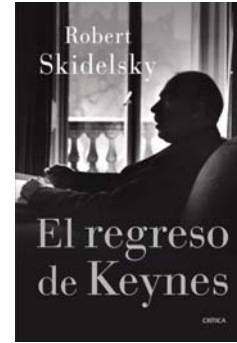


Reseña bibliográfica

El regreso de Keynes, de Robert Skidelsky

Por Alejandro D. Jacobo¹

Skidelsky, Robert: *El regreso de Keynes*, Crítica, Barcelona, 2009, 249 páginas, (ISBN 978-84-9892-033-8).



El maestro ha vuelto con otro de sus libros: Robert Skidelsky acaba de publicar un nuevo volumen, en el que reivindica la vigencia de la obra de Keynes como la respuesta adecuada a la actual crisis económico-financiera.

Catedrático emérito de Economía Política en la Universidad de Warwick, Miembro de la Cámara de los Lores y *Fellow* de la Academia Británica —entre muchas otras distinciones—,

Skidelsky es mundialmente conocido por su magistral biografía de John Maynard Keynes (1833-1946); circunstancia que posiblemente lo convierte en el exégeta de esta figura fundamental de la economía y el pensamiento del siglo XX; figura invocada y aclamada por unos, pero denostada y demonizada por otros; figura que, después de más de medio siglo de su muerte, continúa siendo una de las más controvertidas.

“El regreso de Keynes” comienza con una pequeña reseña sobre la *déringolade* financiera, la que presenta lo necesario sobre la anatomía de la crisis reciente, y en la que Skidelsky se las ingenia relativamente bien con lo que él denomina el “juego de las culpas”. En este juego, se termina por inculpar a las ideas cuando resulta evidente que aquellos responsables actuaban sobre lo que creían ser unos sanos principios. Después de todo —según la conocida opinión de Keynes—, “las ideas de los economistas y los filósofos de la política, correctas o incorrectas, resultan más poderosas de lo que se suele suponer. De hecho, por poca cosa más se rige el mundo”. Así, las prácticas de los banqueros, reguladores, gobiernos, sean escandalosas o no, se remontan a las ideas de los economistas y filósofos. En razón de que —según Skidelsky— “la crisis actual es, en gran medida, el fruto del fracaso intelectual de la profesión del economista”, entonces hay que ir tras sus ideas, comenzando por las que están de moda.

Acto seguido, Skidelsky repasa el estado actual de la economía y aprovecha para explayarse sobre las tres premisas imperantes en la macroeconomía clásica del presente: la Hipótesis de las Expectativas Racionales, la Teoría del Ciclo Económico Real y la Teoría del Mercado Eficiente; hecho que lo conduce a señalar que la economía dominante de los últimos 30 años promovió un sistema en el que los vendavales financieros —como la crisis reciente— podrían ocurrir. De acuerdo al autor, sucedieron a partir de la creencia —errónea— de que se podría evaluar correctamente todo riesgo y que, por tanto, los mercados se autorregulaban de manera óptima. Keynes nunca hubiera aceptado la idea de que la vida económica podría reducirse a un riesgo calculable y predecible.

Aunque algunos de los capítulos del texto no presentan nada que no conozcan quienes tienen familiaridad con la biografía de las diferentes vidas de Keynes, o con aspectos de su teoría, o con la revolución y contrarrevolución keynesianas, se debe

¹ Pontificia Universidad Católica Argentina y Universidad Nacional de Córdoba, profesor-investigador

reconocer que Skidelsky es impecable en el tratamiento de estos asuntos en los que se mueve con extrema holgura. Es interesante su señalamiento: la corriente dominante de la economía actual que se mencionó —desarrollando las matemáticas y abandonando el sentido común— está bastante alejada de la economía de Keynes y entonces se hace necesario volver a él. Y es aquí cuando Keynes, efectivamente, regresa.

El planteo de Keynes y la ética propuesta por Skidelsky obedece a que el enfoque moralista de Keynes —o por lo menos parte de su enfoque— proporciona consideraciones que han adquirido relevancia en el contexto de la crisis actual, por lo que no debe ser tomado como un mero discurso. Keynes, quien creía en un óptimo de Pareto-ético, previó una economía capitalista moderna gobernada por un ideal platónico y unos códigos de comportamiento correctos. Pero en la modernidad, cuando el genio capitalista sale de la botella no se lo puede poner al servicio de la ética premoderna vinculada a la buena vida y a unos códigos de comportamiento que ya no estarán. Si la buena vida, en sentido clásico, asume que el deseo humano tiene algún fin último, en la modernidad —teoría económica mediante— presupone que es insaciable.

Aún corresponde ir más lejos y hacer hincapié en que la economía de Keynes tenía un impulso filosófico en el que regía un sistema racional de ética y conducta. Cabe recordar que su énfasis en el razonamiento intuitivo en economía y su hostilidad hacia la econometría tenían un fundamento filosófico y no eran sólo temperamentales. En todo esto cabe recordar, también, que fue el primer economista que situó la incertidumbre en el corazón del problema económico y planteó la cuestión del ámbito y significado de la racionalidad en economía. Acaso: ¿Es posible la racionalidad en un mundo incierto? Y si lo es: ¿Cómo debe especificarse? Lo anterior es importante, pues el fracaso de la teoría económica por tomarse la incertidumbre en serio subyace a la continua sucesión de crisis financieras

Tras la decepción, quizás lo más interesante es la reconstrucción de la economía, la que, según el autor, compete a todos. Al respecto, si cualquier gran fracaso lleva a considerar las ideas fundamentales, va de suyo que éstas están en la universidad y entonces surge una reflexión oportuna e importante que —en parte— se reproduce seguidamente.

Para equipar a los economistas a fin de que entiendan el objeto y el método adecuados de su disciplina, son necesarias dos reformas en la manera de enseñar en las universidades. Primera, “los cursos de la licenciatura en economía deben tener una base amplia. Tendrían que adoptar como lema la sentencia de Keynes de que la economía es una ciencia moral y no una ciencia natural; que el economista tiene que ser matemático, historiador, hombre de Estado y filósofo... en alguna medida, y que ninguna parte de la naturaleza humana o de sus instituciones debe caer enteramente fuera de su consideración. Las licenciaturas en economía deben contener, por tanto, no sólo los cursos estándar de macro y microeconomía (que requieren algunas matemáticas), sino historia económica y política, historia del pensamiento económico, filosofía moral, sociología y política. Aunque podría permitirse alguna especialización durante el último año del grado estándar, hay que reducir al máximo la importancia de los matemáticos en la ponderación del grado. Esto evitaría el absurdo de que un estudiante pueda alcanzar las máximas calificaciones (matrícula de honor o *summa cum laude*) en economía simplemente por ser bueno en matemáticas”. Segunda, similar consideración cabe en los programas conducentes al Máster, particularmente en los de macroeconomía, en los que “todo lo que se enseña debe ser grados conjuntos, con un componente no económico igualmente ponderado” (p. 217).

No importa cuán de acuerdo se esté con todo esto. La opinión coincidirá en señalar que el libro resulta atractivo, conciso, de lectura amena y sencilla, y en el que Skidelsky demuestra su talento impar. La ilustración de la cubierta de la edición en español de Keynes en su domicilio londinense —seguramente el 46 de Gordon Square, en el estimulante y extravagante Bloomsbury, donde vivió desde 1916 hasta 1946— contribuye a la sobriedad que caracteriza al estilo del autor.